



María Martín (+1621) -Rentería-

Nacida en Fuenterravía, entonces obispado de Bayona –actualmente de Pamplona-, sus padres eran de condición humilde pero ricos en vida cristiana, y destacaban por su interés en leer a sus hijos, y hacerles leer, las vidas de los santos. Así creció María, escuchando estas vidas leídas por sus hermanos, sintiendo un atractivo especial por la vida de los ermitaños y de las mujeres que vivieron en grandes penitencias.

Siendo bien pequeña pasó no poco tiempo discurriendo cómo escapar de la casa paterna para irse a vivir en alguna cueva, su acusado y temprano sentido común le hizo ver la imposibilidad de tal deseo y toda su atención se volcó en hacer en su interior una ermita donde encontrarse a solas con Jesucristo. Era bien pequeña y ya se veía en ella un recogimiento inusual, que de tal manera se iba apoderando de ella que dejó sus juegos y tratos con las niñas de su edad. Sus padres se debatieron en un doble sentimiento hacia su hija porque, por una parte, empezaba a preocuparse y aconsejarle ciertos entretenimientos sanos con niñas de su edad, siquiera para evitar que pensaran que estaba tonta, porque a penas hablaba, pero ella les respondía que los ejemplos de los santos que ellos le habían tantas veces mostrado le habían enseñado cuan bien le estaba el silencio, por otra parte, estas profundas respuestas y su recogimiento les provocaba gran respeto hacia su pequeña.

Empezó a mortificarse de forma considerable en la comida y en el dormir, imitando lo que leía en la vida de sus santos predilectos. Si alguna vez conseguían sus padres persuadirla a salir con jovencitas de su edad, tan pronto como ella se veía cerca de los montes, escapaba de sus amigas para buscar algo que pareciese una ermita y seguir, siquiera por unas horas, la vida de los ermitaños que tanto le atraía. No rara vez oscurecía sin ella apercibirse y al ser encontrada, no siendo pocas las lágrimas, enternecía a los que la veían y escuchaban lamentar su desdicha de no poder quedarse en aquellos montes.

Siendo aún muy joven hizo voto de virginidad, prometiendo desposarse únicamente con quien fue el Esposo de santa Inés. Tras hacer su voto le entró escrúpulo pensando si se trataría de un sacramento, cómo si

hubiera hecho un matrimonio clandestino contra las leyes de la iglesia. Con esta inquietud acudió a un padre dominico, con el que se confesaba, acusándose de tal atrevimiento, pues con un tal Esposo se había desposado de forma tan oculta. Ante su declaración y las disposiciones de María, dicho padre le confirmó en que su voto era plenamente válido y grato a Dios, pero que dado el caso, lo que a ella le convenía era retirarse a un monasterio, para asegurar la guarda de lo prometido. Se levantó del confesonario radiante de contenta, y sin mediar tiempo alguno descubrió todo a sus padres pidiéndoles la ayudasen en sus propósitos. No encontró oposición alguna en ellos, al contrario, juntos se pusieron a deliberar dónde sería más conveniente su ingreso, y fue el monasterio de la Santísima Trinidad, de religiosas de la tercera orden de san Agustín, de Rentería, cercano a su localidad, el que ella creyó más apropiado. Allí ingresó, contenta de encontrar un monasterio pobre materialmente pero rico en moradoras virtuosas y retiradas.

Sin embargo, a pesar de las primeras ilusiones de haber encontrado su lugar, el recuerdo de la vida de los ermitaños era cada vez más insistente y el deseo de mayor soledad y penitencia la hacían ver como vida más perfecta para sí la vida eremítica que tanto la atraía. Poco a poco se atrevió a ir manifestando a algunas personas de su confianza estas inquietudes, todos coincidían en disuadirla mostrándole la dificultad y peligro de una vida tal, al mismo tiempo que por el hecho de ser monja profesa no podía salir del monasterio sin una licencia especial, bien del General, bien del Santo Padre, los cuales, tratándose de una mujer no querían darla, pues si bien en los orígenes de la orden agustina se había dado este tipo de vida, esto fue solo en varones, nunca en las mujeres. Todas estas dificultades lejos de disuadirla acrecentaban más sus ansias de soledad y vida eremítica, dejó de comentar el tema, y lo confió por completo al Señor en la oración. Pasado un poco de tiempo se sintió determinada a ir personalmente a Roma para pedir la Bula necesaria, para lo que pidió a la priora el permiso para realizar la peregrinación, dado que por estas fechas aún no se realiza en dicho monasterio el cuarto voto de clausura. Buscadas las personas que la acompañasen y guiasen emprendió el camino hacia Roma.

Superados no pocos percances en el camino llegó a la Ciudad eterna y tuvo noticia de que allí se hallaba el doctor Navarro Aspilcueta, agente de cardenal Carranza, arzobispo de Toledo, persona de grandes letras y virtudes. Ella le confió su propósito y le suplicó la favoreciese en lo que le fuera posible. Este fue el hombre providencial que la presentó al Papa e incluso redactó el memorial que ella debía llevar. El Santo Padre la escuchó y la remitió al P. General de la Orden. Acompañada por el mismo Dr. Navarro se presentó ante el General, el cual no tardó en afirmar que su petición era justa y conforme con el espíritu de nuestra Orden, dándole una patente sellada, donde la eximía de su obligación de vivir en el monasterio, aunque le indicaba que ella por su parte debía acudir a él siempre que hubiese visita del provincial.

Vuelta de Roma con su objetivo cumplido, se fue a vivir a una ermita, llamada de San Telmo, medio en ruinas, en unos peñascos cerca del mar, la ermita carecía casi por completo de la techumbre, y sólo contaba con las cuatro paredes levantadas, expuesta por completo a las inclemencias del tiempo, tan frecuentes en este lugar. Aquí se dio con toda generosidad a las penitencias, los ayunos y las vigiliias, todo ello en tal grado que los que la conocieron aseguraban que sólo por milagro del cielo se mantenía en vida. Su oración, en esta nueva situación, adquirió grados muy subidos de unión con su Esposo divino, al tiempo que empezaron a darse ataques manifiestos del maligno, representándole en su imaginación jóvenes atractivos, y mesas con comidas succulentas, así como representaciones repugnantes y terroríficas, todo con el fin de turbar su quietud. Nada consiguió por estos medios, antes al contrario, María se veía afianzarse más y más en sus propósitos y deseos de amor y entrega total a Jesús.

Sin embargo no terminó aquí la batalla contra su vida eremítica, su propia comunidad empezó a inquietarse por ella, a suplicarle que se volviera al monasterio, considerando un despropósito su vida de desierto. Se realizaron no pocas diligencias en altas instancias, para conseguir su vuelta al monasterio, pero María, fue ayudada por el Capitán Juan de Amassa y su mujer, ambos muy piadosos, y que presentaron su caso al provincial P. Gabriel Pinelo. Este confió el caso al estudio de un religioso prudente y sabio de la comunidad de Pamplona el cual tranquilizó los ánimos de la comunidad al asegurarles que iba a tratar de salvaguardar ante todo el decoro del monasterio. Secretamente se personó donde estaba María para ver su forma de vida y el lugar. Allí llegó sin poder ver persona en toda la montaña y ante la ermita, por más voces que dio, no conseguía se le abriese, ni tan siquiera notaba que pudiera haber alguien que le escuchase, pero él insistió, diciendo en el aire quién era, a qué venía y con que autoridad lo hacía. Tras semejante declaración no tardó en abrirse la puerta de la ermita, y ser recibido por la ermitaña con atención y decoro, declarándole María cómo no tenía ninguna intención de ser contumaz y que si la obediencia se lo mandaba volvería al monasterio.

Cumpliendo con su cometido observó con detalle toda la ermita, quedando profundamente impresionado tanto de la soledad, como de la pobreza y sobre todo del aire de santidad que el lugar y la ermitaña transmitían, así reza el inventario que mandó al provincial después de aquella visita: Aviendo ido a visitar el Monasterio de las Religiosas de Rentería, oído sus razones y ofrecido de hacerlas justicia, y hecho información secreta, tomando las deposiciones de personas nobles y virtuosas, que todas dixeron en grande abono de la Madre María Martín, fuy con verdad y secreto a visitarla en la Ermita, donde hallé un ángel en carne mortal, un retrato vivo de Santa María Egipcíaca, sin tener dónde recogerse, ni defenderse de las injurias del tiempo, porque la Ermita era un hospedage de la pobreza, sin tabla en que hechase, sin banco en que sentarse, y sin cama en que dormir. Sólo hallé en ella un rosario, una escudilla vieja de tierra, un poco de hilo y aguja para coser, y este fue el inventario que hice, a que se reducen todos sus bienes y averes. Esta Ermita tenía un altar pobre, pero compuesto de suerte que la Ermita y la Ermitaña y el sitio todo, con silencio mudo, publican su santidad.

Tras haber realizado el inventario, salieron ambos fuera de la Ermita y el religioso que además de hombre espiritual era letrado empezó a platicar con ella de propósito sobre temas de alta teología mística por ver a qué nivel se encontraba o si podía descubrir en ella alguna desviación de la sana doctrina, a lo cual con suma naturalidad, aún en los temas más controvertidos le fue respondiendo con tal solidez y profundidad que no le dejó lugar alguno para dudar de que aquel género de vida era el que ciertamente le correspondía y marchó al monasterio para tranquilizar a la comunidad con respecto a la vida de la Madre María, dando al mismo tiempo amplio testimonio de lo que había visto y oído. Este suceso confirmó y aseguró un período de quietud a María Martín que prosiguió con nuevo énfasis en su vida eremítica.

Según testimonio del párroco de un lugar vecino, que era su confesor, su vida transcurría de la siguiente manera: Todos los domingos y festivos bajaba a oír Misa y confesarse. Siempre dormía vestida sobre el desnudo suelo, ayunaba a pan y agua todos los días del año, y maceraba su cuerpo con cilicios y frecuentes disciplinas, dedicando gran parte del día a la oración. Cuando la gente de los contornos acudía a la Ermita por devoción o recreo, ella los recibía con ánimo alegre, y aunque le llevaran bien de comer sólo aceptaba el pan, y mientras estos tomaban sus comidas ella les entretenía refiriéndoles algunos de los misterios de nuestra fe o algún tema de espiritualidad. Esto lo hacía con tal unción y gracia que las visitas fueron cada vez aumentando. Nunca pidió limosna pero nunca le faltó un trozo de pan para llevarse a la boca.

Esta misma frecuencia de las visitas y la aureola de santidad que sobre ella se extendía por el contorno la hicieron tomar la decisión de abandonar San Telmo y marchar a otra Ermita más apartada, llamada de Santa Bárbara. Esta reunía más buenas condiciones por lo que para compensar las asperezas que tenía en la anterior acrecentó aún más su vida penitente. En un pueblo cercano encontró un cura sabio y espiritual que fue su confesor hasta el fin de su estancia en Santa Bárbara y que, junto con el anterior, tras la muerte de esta sierva de Dios, dieron buena relación de los muchos favores que la Madre María recibió del cielo. Entre ellos reseñamos, como botón de muestra, una visión que le acaeció en una noche de oración ante un crucifijo: de repente se vio rodeada de blanquísimos corderos que con grandes regocijos saltaban a su alrededor, al mismo tiempo que ella misma se sentía inundada de un gozo inusual, en esta situación le fue revelado que muy pronto sería llevada a gozar de las bodas eternas del Cordero sin mancha. Cuando esto sucedía ella estaba en edad muy avanzada, y sus rodillas gastadas de tanto estar arrodillada empezaron a manifestarse enfermas de gravedad, se dio cuenta que este era el inicio de lo que le había sido indicado. Inició, pues, su marcha de regreso, con poca dificultad, al monasterio de Rentería, siendo recibida por sus hermanas con gran veneración, allí recibió los Santos Sacramentos y expiró a los pocos días, esto sucedía el 19 de febrero del año 1621.